

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white sans-serif font on a solid blue rectangular background.

Narcopoder, subversión y democracia en Perú [Narco-power, subversion and democracy in Peru]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy
of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Rumrill, Roger;Bernal, Manuel
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-16 14:59:03
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221005

Narcopoder, subversión y democracia en Perú

Bernales, Manuel; Rumrill, Roger

Manuel Bernales: Politólogo peruano. Consultor en asuntos de inteligencia y planeamiento estratégico. Diplomado en el Centro de Altos Estudios Militares (CAEM). Docente e investigador.

Roger Rumrill: Escritor y poeta peruano, dedicado a la antropología. Preside el Centro de Estudios Regionales de Cultura Amazónica (CERCA), en Yurimaguas, Lima.

Después de casi una década en Perú, con dos gobiernos constitucionales elegidos por claras mayorías, el segundo se apresta a realizar nuevos comicios, en medio de pérdida de popularidad; crisis económica grave; estado de emergencia continuo en importantes zonas del país, debido al avance destructivo de la guerrilla terrorista Sendero Luminoso, e indefinición de la hegemonía política interna, toda vez que quien resulte vencedor, probablemente, no gozaría de mayoría parlamentaria y municipal, como el presente régimen aprista. En ese cuadro, el narcopoder proyecta una sombra ominosa y sus imbricaciones con la subversión, más la acción de los contrabandistas y una corrupción generalizada, generan interrogantes y tensiones que es difícil predecir cómo se resolverán.

El Perú actual hunde sus raíces en complejas sociedades precolombinas de alto desarrollo autónomo. Restos de habitantes se hallan en costa, sierra y selva. El más antiguo de 20.000 años (Klauer, 1989). Desde lo que hoy se concibe como «desarrollo sostenible» (Informe Brundtland, 1987), ecológicamente sano y productivo, puede comprobarse que los pueblos creadores de altas culturas, en lo que hoy es parte de Perú, Ecuador, Colombia y Bolivia, principalmente en los Andes centrales y zonas vecinas de la hoya amazónica a los lados de la línea ecuatorial, dominaron la naturaleza, modificando el paisaje sin depredarlo, sino enriqueciéndolo, manejando los pisos ecológicos desde el mar hasta avanzadas en la Amazonía, pasando por el macizo cordillerano.

Las sociedades andinas, frente a cuyos adelantos los cronistas mostraron admiración, domesticaron animales y plantas entre ellas la coca. Esta era una planta esencial en la producción, la religión, la ideología, la conducta social y la medicina. Nunca se empleó para sustituir alimentos, menos aún en forma no-natural (Cabieses, 1988). Es más, los cultivos de coca se combinaban con otros. No se sabe de monocultivos de coca. Nunca fue mercancía ni dinero. Era ritual y trascendente en las relaciones sociales de las clases dominantes y de los runa (pueblo).

Tal uso sobrevivió cerca de 500 años de guerras de conquista, colonización y etnocidio, que arranca en forma metódica con los «extirpadores de idolatrías» y se avizora en pleno siglo XX con el uso del herbicida llamado «Spike».

La Colonia sometió pueblos y civilizaciones, alterando la unidad sociocultural y dando inicio a la ruptura del equilibrio ecológico, mediante la depredación para la monoproducción minera (leña), agrícola (caña) y pecuaria (reducción de los hatos de camélidos sudamericanos e introducción de especies exóticas propias de otros ambientes).

En dicho proceso, la coca devino sustituto de alimentos y con el alcohol como medio de pago en una economía de semiesclavitud, llegó a hacerse símbolo de miseria y embrutecimiento del indígena, iniciándose así la leyenda negra que afirma el error de que la coca es dañina y que inclusive empobrece el suelo ayudando a la erosión.

Nada de esto puede ser casual: lo que ocurre es que en su forma natural la emplean los dominados. Frente a éstos, se yerguen o renuevan ideologías que justifican su subordinación y también su represión, aunque conlleve riesgo de genocidio.

Como la *cannabis* en otras latitudes, la coca ha sido extraída de su medio para servir a pequeños círculos compradores y consumidores de cocaína, al comienzo como consumo socialmente tolerado, luego como droga clandestina consumida también por otros segmentos sociales, incluyendo algunos de clases subalternas (Bernaes, 1988).

La drogadicción con cocaína se registra ya en Sigmund Freud o Arthur Conan Doyle. Mas el negocio corresponde al período contemporáneo del capitalismo monopolista transnacional y reproduce los rasgos centrales de la división internacional de la producción y el intercambio desigual, sólo que sobre bases de ilegalidad parcial, nacional e internacional.

La coca era elemento componente de un sistema de policultivos autóctonos; ahora es monocultivo. En Perú apenas 10 por ciento del total se destina al «chacchado» o masticación, hábito cultural y legal de millones de ciudadanos-campesinos, entre los cuales se ha ido extendiendo la alfabetización y castellanización.

Narcoeconomía y violencia

Todos los nuevos sembradíos son para el ciclo de la narcoeconomía; es decir, entre 180.000 y 200.000 hás. a las que corresponde aproximadamente el 37 por ciento del valor bruto de la producción agrícola peruana en 1987!, localizados principalmente en la «ceja de selva», única zona de reserva económica para migraciones. Estas últimas crecen por la acelerada desertificación en costa y sierra, así como por la vertiginosa urbanización litoralizante (30 por ciento de la población nacional vive en Lima Metropolitana) y las ciudades más importantes se hallan en la costa, acrecentándose su tamaño, como expresión del desarrollo desigual y combinado de la formación socioeconómica capitalista periférica, a la cual se suman refugiados de la subversión terrorista, principalmente de la guerrilla «polpotiana» del Partido Comunista «Sendero Luminoso»; y de las operaciones militares y policiales contrasubversivas de las Fuerzas del Orden, de cuyas prácticas contraterroristas también huyen muchísimos pobladores del interior, especialmente de la región de mayor pobreza crítica y presencia indígena, Ayacucho, Apurímac, Huancavelica, Junín, Pasco y últimamente Ancash, Puno y Cusco.

El muy negativo impacto de la política y la gestión económica, que comienza en 1976 y se acentúa desde 1987, en una larga sucesión de crisis cada vez peores, está transformando en cocaleros a miles de cultivadores de maíz, arroz, frijol y otros cultivos (para ser consumidos en la zona y vendidos en otras, principalmente en Lima). Inicialmente bajo la conducción y control de narcotraficantes, dirigidos por colombianos; luego bajo la dominación de Sendero Luminoso, quien se ha impuesto sobre campesinos, «narcos» y Estado, prácticamente oficiando de autoridad.

Produciendo coca los campesinos ganan más, pero se ilegalizan y enfrentan a Sendero Luminoso y al narcopoder, ahora aliados. Los demás productos se pagan mal, tarde y nunca. A mayor abundamiento, movilizaciones campesinas pacíficas - como se vio en la TV - terminaron reprimidas con muertos, desaparecidos y heridos. Siempre hay el pretexto de la subversión, pero no se califica así cuando funcionarios de la banca y empresas estatales atentan contra el orden jurídico y obligan a reclamos, luego de no pagar por más de dos y tres meses cosechas de maíz y arroz ya entregadas.

Los «narcos», en cambio, adelantan y pagan cumplidamente. Pero la producción de panllevar también disminuye. La inflación crece y la desestructuración de la economía campesina, también (Rumrill, 1986). El nivel de consumo no indispensable aumenta, pero no mejora el nivel y la calidad de vida. Rige la oferta y la demanda y las leyes de la guerra: Sendero Luminoso y las Fuerzas del Orden aplican al campesino una política de violación de derechos humanos total: «si no estás conmigo, estás contra mí y pagarás con la vida el no apoyarme».

Como en muchas situaciones de guerra mezclada con narcoviolencia, la corrupción en mil formas y actores, civiles, policías y militares, posibilita continuar el negocio. Claro que si se cruzan en los objetivos de Sendero Luminoso o quiebran las reglas del juego, éste actúa implacablemente. El efecto es mayor: deslegitimación y desmontaje del Estado, del poco que llega al interior, porque las burocracias, incluidos aparatos militares y policiales, habitan en Lima y algunas ciudades (Béjar, 1988).

Pérdidas y ganancias

El sistema y el Estado pierden además efectividad y enajenan la participación del pueblo, individuos y organizaciones.

Todo lo anterior configura una causación circular acumulativa negativa, de desestructuración social y anomia parcial, porque con la pérdida de vigencias, emergen nuevas pautas de ideas, creencias, actitudes y conductas, en medio de una psicología «yoquepierdistas» o del deterioro que amenaza con autoalimentarse (Lowenthal, 1988).

Paralelamente, no ha dejado de existir el contrabando de importación (artículos) y exportación (divisas, alimentos, insumos productivos y bienes de capital). En parte, el circuito de la narcoeconomía emplea el contrabando para el pago en especie.

En este desenvolvimiento van surgiendo poderosos intereses. Al parecer, la fracción menos nacional o más antinacional de la burguesía dominante, se sustenta en el narcotráfico (Matos Mar, 1984). El hecho, efecto y causa, es el narcopoder (Bernal, 1988), que tiende a encontrar sus ideólogos, verificándose una observación gramsciana sobre los intelectuales, que en este caso son tecnócratas monetaristas que, argumentando realismo, postulan que Perú no puede vivir sin los dólares del narcotráfico (Pennano, 1989).

En una perspectiva cortoplacista y de mantenimiento del statu quo - ¡qué duda cabe! -, pero en una óptica de desarrollo en base a intereses de grupos sociales mayoritarios y de la nación en su conjunto, no es así. La vulnerabilidad generalizada de la sociedad y del Estado peruanos es patente en la economía política y la cultura del narcopoder. Veamos: ENACO (Empresa Nacional de la Coca) - que produce bolsitas filtrantes de hoja de coca para infusión, con gran potencial exportador - estaba pagando (ahora hay minidevaluaciones diarias) 10.000 intis (3.000 intis por 1 dólar, paridad real a mayo 1989) por arroba (11,5 Kg) de hoja de coca. Los narcos estaban pagando entre 70.000 y 80.000 intis; se cosecha entre dos y cuatro veces por año, según terrenos. Ni el cacao, ni el café, productos bien pagados, pero con mayores ganancias para intermediarios, pueden competir (UNFDAC, 1989).

De la producción campesina sale la «pasta básica» - PBC cuya producción local está creciendo y, por tanto, contaminándose más el medio ambiente; la refinación prácticamente está concentrada en Colombia. Análogamente, el kg. de PBC, estaba, en el Alto Huallaga, entre US\$ 800 y US\$ 1.200, y el kg. de cacao, a US\$ 2. En la misma cuenca, un peón «ilegal» estaba ganando 20.000 intis, y en otros cultivos, 5.000.

El ciclo continúa: en abril de 1989 aterrizaron un promedio diario de cinco aviones en los famosos pueblos de Uchiza y Tocache, que transportan entre 350 y 500 kg. de PBC. No hay radares, menos intercepción, lo que sería clave para una guerra económica del narcotráfico, buscando malograr el negocio. Hay entre 120 y 150 aeropuertos clandestinos.

En 1988 se habría negociado entre US\$ 1.500 y US\$ 2.000 millones, y habrían quedado en Perú entre unos US\$ 400 y 800 millones.

De estos dólares, Sendero Luminoso estaría tomando como «impuesto» entre el 4 por ciento y el 10 por ciento, lo que le asegura financiamiento autónomo, buena cadena logística, operaciones, inteligencia, propaganda, desarrollo de cuadros en países vecinos, EE.UU. y Europa Occidental, así como pasar de la dinamita a las armas automáticas mediante el tráfico de éstas, superando, además del dominio del terreno, el medio humano y la iniciativa psicológica y políticoestratégica, el poder de fuego en situaciones concretas en el teatro amazónico de la guerra y en otros como Junín, más cerca de Lima.

Mientras tanto, EE.UU., causa económica real de la existencia del narcotráfico y sus secuelas, cumple más de una década con una política de represión, más bien al campesino, porque la corrupción estatal ampara a los «grandes», y con inversiones

que no llegan, en lo mejor, a US\$ 10 millones. Con esto, es seguro que el proceso ha de continuar.

Sendero y coca

El Estado, pequeños ahorristas de sectores populares, delincuentes, especuladores, banqueros distinguidos, empresarios y hombres de uniforme, todos son dólar-adictos, viven comprando y vendiendo los dólares del narcotráfico. No obstante lo señalado por el ministro peruano de Economía y Finanzas, César Vásquez Bazán, los narcodólares siguen alimentando la economía peruana.

Nuevamente, «gran empresa, pequeña nación». Así, pues, el narcopoder domina las «alturas de la economía» y finanzas de Perú y es el actor con más capacidad de hacer alianzas. internas y externas: hasta subempleados dedicados a la compraventa de dólares declaran que es mejor eso a delinquir (!).

Esto revela anomia parcial. Sendero Luminoso avanza con la extensión de la coca-cocaína y parece constituir zonas liberadas o de gran control. Principalmente, cuencas de selva alta y baja, así como el dominio de tramos vitales de carreteras estratégicas, así como valles o áreas geovitales que van cecando o amagando a Lima.

Donde crecen los sembradíos, aparece Sendero Luminoso. A más cocaína, más «Sendero». Si éste, como lo está buscando, logra dominar o ganar grupos nativos clave, habría articulado su ideología con las de éstos, enraizándose con mayor fuerza. Desde esta senderización amazónica, proyecta acumular dinero, fuerzas y ventajas hasta 1992 (Año del 50 Centenario del inicio de la Conquista y 10 del nacimiento de César Vallejo). Mientras tanto, usa la cocaína como arma «antiimperialista». Así lo justifica públicamente.

En Viena, mientras tanto, se ha consagrado la corresponsabilidad y en Perú rige la economía de mercado, la mercancía y la ganancia privada en base a la coca-cocaína. Los EEUU están desarrollando cada vez más la DEA y su presencia en Perú. Pero medidas económicas de mejores precios para la producción campesina por unos cinco años, no se ofrecen, ni el gobierno las ha pedido.

Es más, UNFDAC asesoró al gobierno, contratando científicos para el Plan a Largo Plazo de Lucha contra el Narcotráfico. Pero criterios hiperburocráticos han hecho que su realizador principal y en gran parte exclusivo, sea el mismo Estado. Esto es lo que llamamos «misión imposible», pues tendrían que cambiar los contenidos so-

ciales del Estado y los elencos directrices y funcionarios más importantes. Un exministro del Interior (Barsallo-Gordillo, 1988), contraparte por Ley de la ONU en este campo, si lo ha usado para publicar un libro de propaganda, que lo distribuye y financia la AID-USA (!).

Puede ocurrir que el involucramiento de EEUU en el campo táctico y operacional del combate se mezcle irreversiblemente con operaciones militares u otras contra-subversivas. Si algo sale mal, es posible que la potencia dominante arguya daños a personal estadounidense, para dar curso a una escalada intervencionista directa o indirecta; la Amazonia es vital, mejor si hay física presencia o control de EEUU y en ella se encuentran, aliados, el «terrorismo» Yel «narcotráfico », declarados oficialmente enemigos de la seguridad de los EEUU y de Sudamérica.

No en vano EEUU lleva a cabo «conflictos de baja intensidad» contra experiencias populares, como en el caso de Nicaragua. En el caso peruano, la sola posibilidad de un gobierno del frente Izquierda Unida aterra a sectores dominantes, los cuales alentarían más «estados de excepción», incluyendo «estado de sitio», medidas de «emergencia» e, inclusive, un desembarco de tropas norteamericanas.

Elementos de derecha, hoy liberal, pero si es necesario pinochetista o al estilo «gaucho», probablemente preferirían una alianza táctica con el narcopoder, frente a la subversión-terrorista y por su aversión a un primer gobierno socialista democrático en Perú.

Un norteamericano en el sendero

(Desde el Alto Huallaga). El camino entre Tingo María y Tulumayo es un buen indicador del control psicológico-militar de Sendero Luminoso en la zona. Cada 50 metros se han cavado zanjas profundas que atraviesan la carretera que una vez fuera el orgullo del ex-presidente Belaúnde. Aunque los tractores de media oruga israelíes vencen estas trampas bastante bien, la mayoría del tráfico, incluidos los refuerzos por tierra en caso de emboscadas, debe perder tiempo buscando el extremo menos profundo de las zanjas. También se ha creado cuidadosamente un espacio para una ametralladora al costado de cada zanja. Supuestamente, Sendero Luminoso no hizo estos cortes en la superficie asfaltada uno por uno, sino que pudo haber utilizado a la población local. También todas las casas, con la sola excepción de las iglesias, muestran rayados maoístas, con frecuencia recién pintados, y a veces la hoz y el martillo, no pintados, sino tallados en la superficie del camino.

Nuestro taxi debió detenerse junto al río Tulumayo, debido a que no había puente, dinamitado hace tiempo. El conductor desapareció para sostener una conversación y regresó diciendo que, con algunos «Larga vida al Presidente Gonzalo» (el líder de Sendero Luminoso Abimael Guzmán) y asegurando que no éramos de la DEA, sino periodistas de buena fe, había obtenido el «permiso» para usar la balsa. Cruzamos.

Un jefe de operaciones de la policía del área calcula que «hay entre 1.000 y 3.000 guerrilleros de Sendero Luminoso armados allí». Un colega agrega: «La situación es grave y la presencia de Sendero se nota cada vez más».

Antes, la subversión y el tráfico de drogas en general tendían a convivir. Si bien la evidencia de una «alianza» es todavía muy débil para los jefes de la policía que conocen el área, los esfuerzos intensificados de erradicación e interdicción (estaban por llegar cuatro nuevos helicópteros UH1H a Tingo) están comenzando a obligar a los traficantes a unir fuerzas con Sendero Luminoso, hasta cierto punto para su propia seguridad.

Un oficial de policía cuenta que a principios de noviembre de 1988 su patrulla se encontró con un grupo de 10 a 15 hombres de Sendero Luminoso, que protegía a un avión con droga colombiano que aterrizaba al otro lado de Ramal de Aspuzana. La policía había estado oculta a cierta distancia desde las 3:30 de la madrugada, de manera que el ruido de su «toco-toco» (helicóptero) no alertara los contactos con los traficantes en la pista de aterrizaje clandestina, unas de las 107 detectadas hasta ahora. «Pudimos matar a algunos», dice el policía. Vestían de manera similar a los policías, con camisetas negras (pero con jeans).

Extraoficialmente, los activistas de Sendero Luminoso cogidos in fraganti «no sobreviven» en esta área, señala otra fuente policial.

Esperanzas

La Guardia Civil (Umopar) se vio envuelta en seis conflictos el año pasado, según el general Toledo, jefe de la división de drogas GC de Lima, y sólo tres personas resultaron heridas. El general Toledo espera contar con 80 nuevos miembros del último grupo que egresa de la escuela de policía. Con ellos, los nuevos helicópteros y los fondos norteamericanos, que subieron de aproximadamente US\$ 5 millones al año a US\$ 8,5 millones, él y los funcionarios de apoyo contra los narcóticos de la

embajada, creen que tendrán un avance significativo, tanto en la erradicación como en la interdicción en 1989.

Las cifras de erradicación de 1988 en la pizarra de la policía de Tingo dicen: 2.689 hectáreas erradicadas (sin contar los almacigos) hasta octubre, pero el ritmo se estaba acelerando (la embajada de los EE.UU. indicaba 3.184 hectáreas a mediados de diciembre), gracias al uso de sierras circulares y equipos (de erradicación) Corah llevados en los helicópteros. El resultado es que de un área total plantada con coca, unas 150.000 hectáreas, las acciones conjuntas norteamericano-peruanas podrían llegar a eliminar 10.000 a 15.000 al año, mientras se planta un número estimado de 20.000 a 25.000 nuevas hectáreas cada año.

Para los pilotos de la DEA, que esperaban «descubrir campos de coca y arrasarlos» cuando se los contrató, y que ahora encuentran difícil «ver un campo que no sea de coca», esto es poco menos que una misión imposible. Sin embargo, un piloto cuyo hermano había resultado muerto en una pelea de narcotraficantes cuando regresaba a casa, opina que el esfuerzo sirve al menos para reducir el volumen de droga que se trafica hacia los Estados Unidos (por lo menos el 50 por ciento de la materia prima para ese abastecimiento proviene de Perú), y es, por lo tanto, «como encender una vela».

Mientras tanto, los jefes de policía señalan que el negocio se ha vuelto más sofisticado en los últimos 18 meses. La base de cocaína, una etapa más allá de la pasta «sin lavar», está de moda ahora. Con 2,5 kg. de pasta se hace un kilo de base aproximadamente, de modo que una hectárea de coca produce cerca de 10 kg. al año. Eso equivale a US\$ 25.000, diez veces más que la palma africana. Un avión monomotor puede transportar hasta 400 kg. por viaje, un bimotor 750 kg. y un turbo jet 1.400 a 1.500 kg. Los informes locales sobre la cantidad de aviones que vuelan desde Colombia todos los días varían mucho, pero un funcionario del Narcotics Assistance Unit señala que pueden ser «cuatro o cinco».

También cree que hay un «matrimonio por conveniencia» entre Sendero y los traficantes, más que una alianza completa. «Esa es mi opinión como persona, no como funcionario del gobierno de EE.UU.».

Fuera de Tocache, personal de la corporación gubernamental para el desarrollo confirma que «un 90 por ciento de la población está en el negocio de la coca». Un oficial de inteligencia de la policía dice también que esperaba que Sendero «se tomara» la ciudad pronto. Señala que había cerca de 2.000 senderistas reunidos en las

cercanías en Bambamarca y que él se estaba yendo. Sin embargo, la fecha que él predijo para irse pasó sin novedad.

El indicador más interesante de una tendencia lo dio un oficial de operaciones de la policía de Tingo María. Dijo que había «12 a 13 firmas» o familias - es decir, subsidiarias de los carteles de la coca de Medellín - funcionando en el valle y que Sendero Luminoso estaba preocupado porque todas crecían trayendo muchos parientes colombianos. Sendero ha dicho a los jefes que reduzcan los colombianos a cinco y que dejen que los peruanos tengan trabajos de mejor nivel en el negocio local. Los peruanos maoístas evidentemente tienen instintos nacionalistas, sin abstenerse de su horizonte internacional; un gran aviso en los principales cruces de caminos fuera de Tingo María también dice: «Participe en la guerra popular sirviendo a la causa de la Revolución Mundial».

Un taxista que conduce más allá de éste y de otros avisos ha aprendido el lenguaje: «Sendero es moral», dice, «le prohíbe a uno robar una aguja o un hilo; no permite tomarse ninguna libertad con las mujeres y ningún maltrato a los prisioneros; da la posibilidad a la gente de arrepentirse y enmendar rumbos». Y luego: «El terrorismo es la expresión del descontento de todo un pueblo. Cuando todo un pueblo persigue un ideal, ¿qué puede hacer el ejército frente a eso?».

El taxista no encontró nada extraño en admitir que había sido detenido cuando transportaba en un ferry 12 kg. de pasta de cocaína desde Tocache a Tingo María. La golpiza que recibió entonces lo ayudó a robustecer sus convicciones políticas.

(Reportaje de JONATHAN CAVANAGH, «Negocios en la Selva Narco-Senderista», revista América Economía, Nueva York, N° 25, marzo, 1989).